

Antología confidencial

Alejandra Abraham □□



Capítulo 1

El juego de Freydis

Freydis se sentó en la tierra húmeda y se envolvió en su capa. Llevó sus ojos hacia la crepitante hoguera donde el Gran Damon revolvía un caldero. El aroma de la comida que el enorme hombre estaba preparando produjo violentos espasmos en el estómago vacío de la muchacha. Habían caminado durante todo el día buscando aquellas extrañas flores cuyas hojas eran de color ámbar, puesto que los mercaderes solían pagar una buena cantidad de monedas de plata por cada una.

Vilius, por su parte, alegraba el ambiente con su laúd. Freydis amaba oírlo tocar, pero jamás lo reconocería en voz alta. Lo último que necesitaba el grupo era que el ego del semielfo creciera aún más.

—¡Date prisa con la cena! —se limitó a decir Freydis que aún no lograba comprender por qué el Gran Damon, ataviado tan solo con un taparrabos de piel de lobo, no sentía ni una pizca de frío.

El enorme hombre gruñó a modo de respuesta. Nunca había sido una persona de muchas palabras, pero a la joven no le importaba. La fuerza bruta que demostraba al pelear y su destreza para la cocina compensaba su poco talento para las conversaciones.

Un ruido en la espesura captó la atención de Freydis. No estaban solos. La joven le hizo un gesto a Vilius para que guardara silencio. El muchacho bajó el instrumento con cierto dejo de tristeza en la mirada. No sería la primera vez que su compañera se enfadaba de repente al escuchar su melodía, era mejor no tocar ciertas canciones en presencia de ella. Sin embargo, en ese momento era completamente diferente, algo los acechaba en la oscuridad.

—¡Escuchen! —advirtió la muchacha apenas moviendo los labios.

El crujido de una rama confirmó lo que había temido. Freydis buscó la empuñadura de sus dagas que le proporcionaban cierta sensación de seguridad. El Gran Damon levantó del piso su pesado garrote. Mientras que Vilius comenzó a preparar su arco con sigilo.

Pelear con el estómago vacío no era lo ideal, pero algo los acechaba y no parecía dejarles opción. Ya fueran lobos hambrientos o un puñado de bandidos, nada se resistía a la posibilidad de una cena caliente. El Bosque Negro también tenía sus trucos y los animales que vivían en él no eran fáciles de atrapar.

Freydis se puso de pie, pero no pudo evitar marearse a causa del hambre. Le alegró comprobar que sus dos amigos ya estaban listos para hacerle frente a lo que fuera que se acercaba. Un rugido en otro punto del bosque delató no solo que los enemigos no eran humanos sino que también los estaban rodeando.

—¡Maldición! —exclamó Vilius y soltó un improperio.

Un instante después, la tenue luz de la luna iluminó el crespo pelaje de cinco perros grises.

"Al menos, no son lobos", pensó Freydis tensando su cuerpo para atacar.

Uno de los canes saltó sobre ella que reaccionó agachándose y alzando sus dagas para hundirlas en el abdomen ceniciento del animal, cuyo pelaje se tiñó de carmesí. Por desgracia, era demasiado grande y sus fauces alcanzaron el brazo izquierdo de la joven que cayó de espalda sobre la hojarasca.

Los gritos y ladridos alrededor de Freydis, indicaban que sus compañeros también estaban librando encarnizadas luchas contra las bestias. "Si tan solo hubiéramos podido comer, habríamos renovado fuerzas y esta lucha sería mucho más sencilla", pensó la muchacha mientras gritaba de dolor al sentir cómo el animal desgarraba su piel y hundía sus colmillos en su carne.

No pudo evitar gritar, pero hizo un esfuerzo para incrementar la presión de su daga en el abdomen blando del perro que aminoró la fuerza que ejercía con sus fauces. Freydis había soltado una de sus armas, pero se aferró con todas sus fuerzas a la daga que sostenía con la mano derecha. Hurgó en el interior de su enemigo hasta que sus fuerzas flaquearon y la soltó.

Freydis sonrió al sentir que el perro dejaba de moverse y se obligó a hacer un esfuerzo para quitarse al animal de encima. Mientras empujaba el pesado cuerpo la sorprendió otro de los perros por la espalda. Se dispuso a girar, pero fue demasiado tarde porque sintió la mandíbula de la bestia cerrarse sobre su nuca.

Lo que sucedió después fue muy confuso para la joven. Pensó que debía haber muerto porque se encontraba en un lugar completamente extraño para ella. Era posible que estuviera en el mismísimo reino de los muertos. Nunca había visto nada igual.

Freilys estaba sentada en una mesa en compañía de tres hombres a los que no conocía, pero que al mismo tiempo, le resultaban vagamente familiares. Por fortuna, ninguno le prestaba atención a la joven. Los tres tenían la mirada fija en una especie de tablero que contenía un mapa

dibujado y algunas estatuillas de arcilla.

Había algo en dos de los muchachos que le recordaba a sus mejores amigos. Esperaba que el Gran Damon y Vilius, hubieran tenido más suerte que ella. Una idea bastante descabellada surcó la mente de Freydis: tal vez sus amigos también habían muerto y estaban allí en su eterna agonía. Descartó la idea enseguida. No eran ellos. Se fijó en el tercer hombre. No lo había visto antes, pero tenía un aura mística como si de una deidad se tratara.

Ninguno de ellos estaba armado y vestían ropajes de tela muy extraños. Los aposentos en los que estaban eran muy diferentes al Bosque Oscuro. No había rastros de los perros ni de la naturaleza salvaje que los había rodeado hasta hacía unos segundos. A decir verdad, las únicas plantas que había en aquel recinto estaban capturadas en macetas y parecían inofensivas.

El corazón de Freydis dio un salto cuando el hombre con halo de deidad habló dirigiéndose a ella:

—Tira para ver si vives o mueres.

Los otros dos sujetos la miraban.

Freydis no entendía qué era lo que estaba sucediendo. Llevó instintivamente las manos hacia su cintura, pero sus dagas no se encontraban allí. "Maldición", pensó. Tendría que enfrentarse mano a mano con esos hombres que aunque no parecían armados ni estaban en forma, la superaban en número.

—¡Tira el dado! —exigió aquel que solo podía ser el Dios de la Muerte.

Freydis buscó desesperada sobre el tablero y distinguió un dado traslúcido de veinte caras. Lo cogió intentando controlar el temblor de su mano. Miró a los enigmáticos seres antes de lanzar el dado sobre el tablero.

—Debes sacar más de diez para no morir —escuchó antes de que su mirada se tornara borrosa.

—¡Ahhh! —se quejó Freydis llevándose una mano a la nuca.

Sentía un dolor pulsante tanto en el brazo como en la nuca, pero lo que más le preocupaba eran los filosos dientes del animal sobre ella. Podía oler el aliento putrefacto de la bestia que cada vez estaba más cerca de su rostro. Tanteó con las manos la tierra húmeda a ambos lados de su cuerpo y sintió el frío metal de una de sus dagas. La cogió con rapidez y la asestó de lleno en el costado derecho del perro, pero no si antes sentir su feroz y dolorosa mordida en el cuello. Se quedaron así durante algunos

instantes. Era como un tétrico abrazo en el que humana y animal se quitaban la vida mutuamente.

El dolor desapareció, pero aquel extraño lugar emergió nuevamente ante los ojos de Freydis que parecía haber sido catapultada hacia el mundo de los muertos. Otra vez aquel misterioso recinto... una vez más aquellos extraños humanos. Nuevamente estaba sentada ilesa frente a la mesa del tablero.

—¿Se murió? —preguntó uno de los seres con una voz atterradoramente similar a la de Vilius.

—Dejémoslo al azar —dijo quien Freydis asociaba al Dios de la Muerte pasándole el dado de veinte caras con una sonrisa perturbadora en el rostro.

Ella apretó los ojos con fuerza. Tenía que estar soñando. Era un mal sueño seguramente ocasionado por la saliva envenenada del can del Bosque Oscuro.

—Mejor dejémoslo para la semana que viene. Quedé en ir a nadar con unos amigos —dijo el tercer hombre que portaba la inconfundible y exótica voz del Gran Damon.

—Bueno, sigamos la semana que viene... —aceptó el Dios de la Muerte poniéndose de pie y comenzando a retirar las estatuillas del tablero.

Freydis no lo había notado hasta el momento, pero aquellas figuras hechas de un material similar a la arcilla representaban no solo a cinco lobos sino también a tres personas... una de las figuras era ella misma y las otras dos eran sus amigos.

—¡No! —gritó y los tres hombres la miraron confusos.

—¿Qué pasa? —preguntó el Dios de la Muerte poniendo con ternura su mano sobre el hombro de la joven que no pudo evitar estremecerse ante su contacto.

—Tiraré el dado... para... revivir —dijo ella con un hilo de voz.

—Bueno, pero rápido... me tengo que ir —se quejó uno de los muchachos.

Freydis tiró el dado y lo vio rodar sobre la madera de la mesa hasta que se detuvo en el número tres.

¿Eso significaba... que había muerto?

¿Acaso se tendría que quedar para siempre en aquel extraño lugar?

—No te preocupes... Después te ayudo a crearte otro personaje —prometió el Dios de la Muerte restándole importancia y besó la comisura del labio de Freydis que estaba demasiado confundida como para reaccionar.

—¡Adiós!

—¡Nos vemos!

Los seres que contenían parte de la esencia de quienes alguna vez habían sido sus mejores amigos se despidieron. Sin embargo, Freydis continuaba paralizada.

—Les voy a abrir la puerta a los chicos. Mientras tanto, piensa en qué personaje te crearás... quizás una enana esta vez —sugirió el Dios de la Muerte rompiendo unas hojas escritas con caracteres que Freidys desconocía.

La joven observó a los tres hombres salir por una puerta blanca y se quedó sola en compañía de sus miedos. Cogió temblando la estatuilla que la representaba y la acercó a sus ojos. El escultor había logrado captar hasta los más mínimos detalles de su rostro. Era espeluznante.

Dejó sobre la mesa su figura y desplegó el tablero, una especie de pergamino que contenía un mapa detallado del Bosque Oscuro. Encontró una bolsa de tela negra y al vaciarla, cayeron varias estatuillas. Freydis estaba segura de que conocía a varias de las personas a las que representaban. Distinguió a la anciana que le había indicado el camino hacia la flor que había estado buscando esa misma tarde.

No lograba recordar casi nada acerca de su vida. Sabía que el Gran Damon y Vilius eran sus mejores amigos. Sin embargo, no recordaba cómo se habían conocido. Daba por sentado que los tres habían vivido muchas aventuras juntos, aunque en ese momento su memoria no podía dar forma a ninguna de ellas.

—No puede ser... —dijo Freidys sintiendo que su cabeza estaba a punto de estallar y se dejó caer sobre una silla.

La joven recordó las palabras del Dios de la Muerte y sopesó la posibilidad de que dijera la verdad. ¿Acaso sería posible regresar a la vida, pero esta vez no como la bella Freydis sino como una fuerte enana guerrera? No sabía qué nuevas aventuras tendría preparado el destino para ella, pero

comenzaba a aceptar que era hora de dejar ir a quien alguna vez había sido.

Capítulo 2

Hacia el horizonte

De mi abuela heredé la risa, el cabello ondulado y la facilidad para encontrar problemas. No es que los buscáramos a propósito, más bien ellos solían venir a nuestro encuentro. Una vez salimos a navegar al alba en su bote a remo y nos atrapó la niebla. No sé bien qué sucedió, pero algo nos robó uno de los remos y al usar el otro para defendernos también lo perdimos. Regresamos a la costa sin ninguno, impulsándonos con las manos y una historia que nadie creyó real.

Cuando cumplí los siete años vi junto a ella mi primer fantasma. Se presentó como un destello blanco que solo duró un segundo, pero la abuela me aseguró que era el alma del abuelo que como la echaba de menos a veces bajaba del cielo a visitarla y a la isla de Tabarca. No solo vivíamos aventuras paranormales, también me contaba cuentos como suelen hacer las abuelas normales. A veces, pescábamos algunos moluscos con los que después preparábamos la cena. Un día ella distinguió la cola de una sirena en el agua, pero yo no alcancé a verla porque estaba atándome los cordones justo en ese momento.

Cuando mis padres me dijeron que con motivo de mi onceavo cumpleaños podría ir a pasar unos días a la isla con mi abuela me puse muy feliz. Siempre nos divertíamos mucho juntas y esperaba que ese año no fuera la excepción. Sin embargo, al llegar noté a mi abuela cansada, más pensativa y la piel de su rostro parecía un pergamino con un centenar de dobleces. No podía creer que hubiera cambiado tanto si tan solo habían pasado algunos años.

—¿Colocamos la red y vemos si podemos capturar a la sirena? —le pregunté con entusiasmo el primer día.

—Hoy no —se limitó a responder mi abuela.

—¿Buscamos indicios cerca de la muralla para ver si algún pirata dejó enterrado un tesoro?

—Quizás otro día —respondió.

—Entonces, ¿qué haremos hoy? —pregunté, comenzaba a sentirme frustrada.

—Sígueme.

Mi corazón se aceleró, moría de ganas por saber con qué aventuras nos encontraríamos. Después de todo solo tenía siete días para estar con ella

y no sabía cuándo podría regresar. La seguí a paso lento hasta llegar al acantilado y cuando ella se sentó yo me acomodé a su lado.

—¿Vamos a nadar? —interrogué moviendo mis pies que colgaban del acantilado.

—Hoy no —dijo y luego llevó su dedo índice hacia sus labios para indicarme que debía guardar silencio.

Obedecí, pero a medida que iban pasando los minutos mi ilusión se fue desvaneciendo. Estaba aburrida, mis piernas se habían dormido y tenía hambre, también un poco de sueño.

Al día siguiente mi abuela volvió a llevarme al acantilado. Contemplar el mar Mediterráneo era hermoso, pero después de varias horas resultaba aburrido e insoportable.

—¿Te gustaría ir a visitar la casa del francés? —dije señalando una vivienda blanca con puerta azul que daba al acantilado.

—No.

—¿Puedo ir yo sola?

Volvió a negar, pero esta vez con la cabeza.

Suspiré y me recosté sobre el suelo rocoso.

—¡Mira! —exclamó mi abuela señalando hacia el mar.

Me senté y miré, las ondas en el azul del agua provocadas quizás por un pez muy grande.

—¿Qué viste, abuela?

—Si no fueras tan distraída lo habrías visto. Quizás mañana tengas suerte —me dijo en tono de reproche.

El día siguiente fue igual de aburrido. Comenzaba a arrepentirme de no haberme quedado en casa jugando juegos de video en la computadora. Estaba a punto de decirle a mi abuela que si no hacíamos algo iba a enloquecer, cuando vi aquello que quería mostrarme. No podía creerlo.

—¡Santo Dios! —exclamé.

—Silencio o la asustarás —advirtió casi en un susurro.

La cabeza gigante de una tortuga acababa de emerger de las profundidades. Un pequeño temblor en el suelo me obligó a aferrarme al borde del acantilado para no caerme. Solo hablé cuando la cabeza gigante de la tortuga desapareció debajo de una ola y no volvió a salir a la superficie.

—¿La isla entera es una tortuga? —pregunté con incredulidad.

—Así es, y desde hace un año avanza unos centímetros al mes. Esperaba que no regresaras a tu casa sin que pudieras verlo tú misma.

—¿Hacia dónde se dirige?

—Solo puedo especular, pero creo que va en busca de otra isla.

—¿Tú crees?

—No lo sé, pero sería lindo que naciera un nuevo archipiélago.

Capítulo 3

Una botella en la orilla

Había vivido apenas nueve primaveras cuando decidí que mi vida estaba en el mar. No fueron ni las historias de piratas que me contaba mi abuelo, ni los veranos que pasé con mis padres en las costas de arenas doradas. No, mi sueño empezó a gestarse cuando encontré una botella en la orilla.

Después de tantos años, aún recuerdo con claridad ese momento. Ocurrió al atardecer y la brisa parecía haberse detenido solo para mí. El mar calmo reflejaba como un espejo el cielo que poco a poco pasaba de un pálido rosado a un violeta profundo; mientras que la silueta de un barco se recortaba contra el sol que se perdía en el horizonte.

El verano había terminado y con él mis vacaciones. Mi madre me había permitido bajar del auto y correr playa abajo para despedirme del mar. Después de todo, no lo vería hasta el año siguiente.

Miré a mi alrededor, quería encontrar alguna caracola para llevarme de recuerdo, pero hallé un trofeo mucho mejor. Distinguí el cuello de una botella que yacía envuelta en algas y medio cubierta por la arena. Me acerqué con cautela y luego de comprobar que no había nadie que me pudiera ver, la desenterré.

Cuando descubrí que la botella contenía un mensaje dentro, mi corazón dio un brinco de alegría. Cerré los ojos deseando con toda mi alma que se tratara del mapa de un pirata e imaginé todo lo que podría comprar cuando desenterrase el tesoro.

—¡Tenemos que irnos! ¡Date prisa! —gritó mi madre que esperaba reclinada sobre la puerta del auto.

Escondí la botella dentro de mi mochila, miré el mar para despedirme y emprendí mi viaje de regreso.

—¿Encontraste algunos caracoles? —preguntó mi padre una vez que el auto comenzó a ganar velocidad.

—Sí —mentí.

No quería contarles sobre la botella que había hallado. No es que no confiara en mis padres, pero el mar me había dado ese regalo y sentía

que era algo que tenía que quedar solo entre nosotros.

Durante el viaje fantaseaba acerca de lo que el mensaje podría contener. Si no era el mapa de un pirata, quizás se trataba del pedido de auxilio de un náufrago atrapado en una isla desierta o una carta de amor de una dama al otro lado del mundo.

Llegué a mi casa después de un viaje que me pareció eterno. Corrí escaleras arriba y me encerré en mi habitación. Vací la mochila sobre la cama. Ahí estaba la misteriosa botella con su mensaje escondido rodeada de arena. Sin perder más tiempo, le quité el corcho y la sacudí para recuperar las hojas que aguardaban enrolladas dentro de ella.

No tenía entre mis manos el mapa de un pirata, pero aún así era un hallazgo muy interesante. Comencé a leer las notas y quedé maravillado. Se trataba de las bitácoras de un capitán de un barco real llamado Aguamarina. No cabía en mí de tanta emoción.

Como si de un diario íntimo se tratara, el capitán había ido describiendo todos los sucesos relevantes que ocurrían durante sus días en el mar. Había sorteado tormentas que levantaban olas tan grandes como buques enteros y explorado islas perdidas que no figuraban en los mapas. Incluso, en una ocasión, había escuchado el canto de las sirenas.

La bitácora contaba con quince hojas escritas por ambas caras con la pequeña y apretada letra del capitán. Me llevó tres noches leer la historia completa y la releí por lo menos cien veces a lo largo de mi vida.

A medida que crecía, me interesé en la cartografía y en la navegación. Incluso tracé mis propios mapas basados en las descripciones de las notas que había encontrado en la botella cuando era niño. Nunca compartí aquel secreto con nadie, era algo que me unía con el mar y que nadie más podría llegar a entender.

Al crecer cumplí mi sueño. Me convertí en capitán y bauticé mi barco Aguamarina en honor al hombre que había hecho inmortales sus vivencias al guardarlas en una botella que la marea arrastró. Me fui moldeando a la sombra del capitán y seguí sus pasos.

Aguamarina me guio por lugares inimaginados sobre olas azul y plata y el mar se convirtió en mi hogar. La tripulación cambiaba con el paso del tiempo, el amor iba y venía así como van y vienen las olas, solo mi barco, el mar y la bitácora que había encontrado en la arena permanecían siempre conmigo.

Un marinero me dijo una vez que el mar siempre devolvía todo lo que se llevaba a la costa, incluso a los recuerdos, incluso a nosotros. Sin embargo, me gustaba pensar que cuando muriera mi cuerpo descansaría

entre algas y corales y mi espíritu sería libre para recorrer las profundidades de aguas negras.

Cuando llegó el momento, no tuve miedo ni sentí tristeza. Aunque la tripulación se apretujaba y golpeaba intentando subir a los botes salvavidas, tomé la decisión de que me sentaría en mi escritorio a disfrutar de una copa de buen vino. Me hundiría tranquilo junto con mi barco y así como Aguamarina mis pulmones se bautizarían de agua y sal.

Enrollé las hojas que estaban amarillentas por el paso del tiempo. Las besé, porque gracias a ellas había vivido una vida plena y las introduje con cuidado en el interior de la botella de vino que acababa de terminar. Me aseguré de que el corcho estuviera bien colocado y con el agua hasta las rodillas me dirigí hacia la proa del barco.

Los botes salvavidas se perdían en la distancia. El mar estaba sereno y la brisa había dejado de soplar. Sonreí al recordar aquella tarde en la playa cuando había encontrado una botella en la arena. Llevé mi mano hacia atrás y arrojé la botella lo más lejos que pude. La vi flotar mientras me hundía. Volví a sonreír porque sabía que alguien encontraría el mensaje y podría llegar a ser tan feliz en el mar como yo lo había sido.